

ces? ¿qué respondes? Habla, explícate, defiéndete si puedes...

Basta, Dios mio, basta de invectivas contra esa alma infeliz: demasiado es lo que hasta aquí ha sufrido. Miradla, Juez eterno, miradla sin aliento, toda confusa, toda avergonzada, toda temblorosa á vuestros piés. La vista de sus pecados, el conocimiento de su ingratitude, las tremendas repreciones que acaba de oír de vuestros labios... ¡ah Dios mio! todo esto la tiene tan abatida y desmayada, que mueve á lástima y compasion. ¡Oh mi Dios! Sírvale todo esto de suficiente castigo por sus grandes culpas, que harto castigada queda. Por lo demás, clementísimo Juez, usad con ella de misericordia, y concededla el perdon. — ¿Cómo? ¿ahora misericordia? ¿ahora perdon? no lo merece. — Bien veo, Señor, que no lo merece; pero ¿y esas llagas? — Estas llagas claman venganza, pidiendo á gritos su pronta condenacion. — Un momento, Dios mio, una mirada... — Acabóse: está convencida, está juzgada; al infierno á cumplir la sentencia.

A vosotros me vuelvo, mis amados hijos, ya que por aquella infeliz alma no queda recurso ni apelacion. Decidme, carísimos: ¿esta horrible suerte tocará á alguno de vosotros? Yo os amo mucho, os deseo todo bien; yo haria lo que Dios sabe para que á ninguno tocasse. Pero temo, fieles, temo que de los que me escuchais ha de tocar á mas de uno esta suerte desgraciada. Tomad el consejo mejor que puedo daros en mi vida. Convertíos cuanto antes á Dios; arreglad cuanto antes vuestra conciencia; haced cuanto antes aquella confesion que en la muerte quisiérais haber hecho, para que así logreis un juicio benigno y favorable. Amen.

PLÁTICA XIX.

EL GÉNERO HUMANO EN EL VALLE DE JOSAFAT.

Hic est qui constitutus est à
Deo iudex vivorum et mortuo-
rum. (Act. x, 42).

A mas del juicio particular que celebra Dios á solas con el alma en el mismo instante que muere la persona, nos enseña el séptimo artículo del Símbolo, que habrá otro público y solemne al fin del mundo, al cual concurrirán todos los hijos de Adan; diciéndonos con términos los mas claros, que Jesucristo ha de venir del cielo á juzgar á los vivos y á los muertos: *Inde venturus est judicare vivos et mortuos.*

Es verdad que la potestad de juzgar es comun á las tres divinas Personas; pero aquí se atribuye especialmente á Jesucristo, por dos razones que insinúa santo Tomás ¹. La primera, porque el juzgar es un acto de sabiduría, y la sabiduría es el atributo propio del Hijo; así como el poder es el atributo del Padre, y el amor el del Espíritu Santo. La segunda, porque Jesucristo juzgará el mundo, no solo en cuanto es Dios, sino tambien en cuanto es hombre. Así como en cuanto hombre, él fue juzgado, sentenciado y condenado á un suplicio de malhechores; así es justo que como hombre venga á juzgar, y sea reconocido de todos por juez soberano del universo. Además parece justo que todos los que han de ser juzgados, sien-

¹ D. Thom. 3 part. quæst. 59, art. 1.

tan y vean á su juez; y como la mayor parte no podrán verle en forma de Dios, porque serán condenados, y de consiguiente privados de tanta dicha, por precision han de verle en forma humana.

Este juicio solemne lo celebrará Jesucristo al fin del mundo: *in consummatione sæculi*. Si me preguntáseis cuándo será el fin del mundo, os habria de responder, que esto nadie lo sabe. Esta es la respuesta precisa que Jesucristo hizo á sus discípulos, cuando le preguntaron sobre este asunto. Cuándo será aquel dia, les dijo, lo ignoran los Angeles del cielo, ni yo mismo lo sé: esto solo lo sabe mi Padre celestial. *De die autem illo nemo scit, neque Angeli in cælo, neque Filius, nisi Pater*. ¡Cómo! ¿ni Jesucristo lo sabia? Lo sabia ciertamente para sí; pero no para comunicarlo á los otros.

Con todo el mismo Salvador indicó los extraordinarios sucesos que precederán aquel dia formidable, y que serán como correos que anunciarán su próxima llegada. Los principales serán: 1.º Una general perversion de costumbres que inundará toda la tierra de vicios y maldades; de modo que apenas se encontrará ningun adorador del verdadero Dios. 2.º Una espantosa combinacion de calamidades públicas que asolarán el mundo, como pestes, guerras, terremotos, inundaciones, etc. 3.º La aparicion de una multitud de maestros y predicadores falsos, que con milagros fingidos engañarán á muchos y los apartarán de la verdadera fe. 4.º La aparicion de Elías y Enoc sobre la tierra, y la predicacion del Evangelio en todos los ángulos del universo. Cuando viéreis todas estas cosas, decia Jesucristo, estad ciertos que no está léjos el dia del juicio.

Pero la señal mas próxima é inmediata será la descomposicion de toda la naturaleza. El sol se eclipsará contra el ór-

den astronómico, la luna tomará un color de sangre, las estrellas parecerán desprenderse de sus esferas y caer del cielo, las nubes arrojarán encendidos rayos, el aire producirá horribles tempestades, la tierra bamboleará con horribles sacudimientos, y por último un diluvio universal de fuego reducirá á cenizas cuanto hay sobre la superficie de la tierra, hombres, plantas, palacios, ciudades, provincias, reinos, todo. Despues de esta general catástrofe se oirá inmediatamente el sonido de una trompeta que llamará á todo el género humano á la resurreccion, y lo citará á comparecer en el valle de Josafat, que es el lugar destinado para celebrar el último juicio.

Pero, si en saliendo el alma del cuerpo, diréis vosotros, queda ya decidida su suerte para siempre, ¿qué necesidad habrá de un juicio último?—Si hablamos de necesidad absoluta, no habrá ninguna; pero por varias razones será muy conveniente que al fin del mundo haya un juicio universal. Aunque en el juicio particular, dice santo Tomás ¹, el hombre recibe lo que sus obras merecen; con todo es conveniente otro juicio público y solemne: 1.º para ratificacion de todos los juicios particulares, y para que todo el mundo reconozca la justicia con que Dios ha procedido condenando á unos y salvando á otros: 2.º para hacer públicas muchas virtudes que en este mundo estuvieron ocultas por la humildad de los que las profesaban, y quitar la máscara á muchos hipócritas, que encubriendo con la mas fina astucia sus maldades, supieron aparentar santidad; 3.º para tapar la boca á los calumniadores de la Providencia, y obligarles á confesar la sabiduría, justicia y rectitud con que gobernó las cosas de este mundo:

¹ D. Thom. 3 part. quæst. 59, art. 5.

4.º para que el cuerpo que se unió con el alma para servir á Dios ó para ofenderle, reciba el premio ó castigo que en derecho le corresponda.

Estas son, hijos míos, las doctrinas más esenciales que un cristiano debe saber sobre el artículo séptimo del Símbolo, que nos habla de la venida de Jesucristo á juzgar á los vivos y á los muertos; en consecuencia de las cuales os pondré hoy á la vista el cuadro imponente que ofrecerá el género humano reunido á juicio en el valle de Josafat.

Cuando todo el género humano habrá dejado de existir; cuando toda la tierra no presentará sino un gran montón de cenizas; cuando en todo el universo reinará un silencio profundo y espantoso; entonces, dice san Pablo, se oirá la trompeta del Arcángel que llamará á todos los muertos á la resurrección, y en seguida á juicio: *Surgite, mortui, venite ad iudicium*. Este *venite* resonará en los hermosos palacios del cielo; y si nuestras almas están allí, *ite*, las dirán los Ángeles, id, almas dichosas, id á buscar vuestros cuerpos que os esperan en el sepulcro para recibir juntos el premio de vuestros trabajos. Este *venite* retumbará también en las horrendas cavernas del infierno; y si nuestras almas están allí, *ite*, las dirán los demonios, andad, almas desgraciadas, andad á buscar vuestros cuerpos que os aguardan en la tumba para padecer juntos los castigos de vuestros pecados. ¡Hijos míos muy amados! ¿dónde estarán nuestras almas cuando llegue el caso de haber de buscar nuestros cuerpos? ¿bajarán del cielo?... ¿subirán del infierno?... Vale la pena de pensarlo.

Efectuada la resurrección, iremos todos al valle de Josafat. Si somos de los buenos, volaremos ligeros por los aires acom-

pañados de Ángeles; si somos de los malos, iremos allá arrastrados por demonios. De todos modos en un abrir y cerrar de ojos nos hallaremos todos reunidos en el famoso valle. ¡Oh valle! ¡oh valle! ¿qué será de nosotros puestos allí? ¿nos hallaremos todos en el mismo lado? Bien quisiera yo, mis amados hijos, veros todos á mi alrededor á la derecha de Jesucristo, y poderle decir lo que él dijo á su divino Padre poco antes de morir: *Quos dedisti mihi, non perdidisti ex eis quemquam*: Dios mío, de cuantas ovejas me encargásteis ninguna se ha perdido; mirad, todas las tengo aquí, ni una sola falta. Pero ¿tendré esta dicha?

Jesucristo nos asegura, que los Ángeles bajarán del cielo, y harán una separación: *Exibunt Angeli, et separabunt...* ¿Y cuál separación? ¿de ricos y de pobres? ¿de nobles y plebeyos? ¿de sábios é ignorantes? ¿de sacerdotes y seglares?... ¡Ay! no, que estas distinciones no tendrán lugar en aquel día: el papa estará sin tiara, el cardenal sin capelo, el obispo sin mitra, el emperador sin corona, el rey sin cetro, el juez sin toga; no habrá otra distinción que la de buenos y malos, la de réprobos y elegidos: los unos serán puestos á la derecha, los otros serán colocados á la izquierda, *separabunt malos de medio justorum*. ¡Oh amarga separación!

A la derecha pasará san Pedro con cuantos papas imitaron su vida; á la izquierda pasará Judas con los que siguieron su ejemplo. A la derecha David con todos los reyes que gobernaron santamente su vida y sus pueblos; á la izquierda Saul con cuantos monarcas imitaron sus malas obras. A la derecha Ambrosio, Agustino, Dionisio con todos los obispos buenos; á la izquierda Udon, Marcelo y Novato con todos los obispos malos. A la derecha Domingo, Francisco y Bernardo con todos los Santos religiosos; á la izquierda Capela, Lu-

tero y Bucero con toda la pandilla de religiosos relajados. ¡Dios de mi amor! ¿qué será de mí en aquella separacion? ¿Pasaré á la derecha con mi padre santo Domingo, con los Tomases, Jacintos, Luises y demás Santos de la ínclita Religion dominicana, ó tendré que quedarme á la izquierda confundido con la escoria de los malos religiosos? ¡Ah Señor! Vos sois mi juez, y si quereis condenarme, mil motivos tenéis para ello: por esto no tengo otro recurso que acudir á vuestra piedad y deciros: *Inter oves locum præsta.*

A mas de esta separacion general habrá otras particulares y mas sensibles. Separacion entre hermanos: á la derecha Abel, á la izquierda Cain; á la derecha Isaac, á la izquierda Ismael; á la derecha Jacob, á la izquierda Esaú. Tú, dirá el Angel á uno de dos hermanitos, fuiste obediente á tus padres, huiste las malas compañías, te conservaste inocente y pio, *á la derecha*: tú, dirá al otro, fuiste inobediente, malicioso, impuro, ladrón, *á la izquierda*. Separacion entre casados: á la derecha Ester, á la izquierda Asuero; á la derecha Job, á la izquierda su mujer blasfema; á la derecha Susana, á la izquierda sus cinco galanes. Tú, dirá el Ángel á un marido, honraste el matrimonio, conservaste la castidad de tu estado, tuviste cuidado de la familia, la edificaste con el ejemplo de una vida santa y cristiana, *á la derecha*: tú, dirá á la mujer, que fuiste una consorte infiel, mantuviste amistades secretas, fomentaste las vanidades y tratos de tus hijas, y léjos de reprimirlas las escandalizaste con tus malos ejemplos, *á la izquierda*. ¿Qué haces aquí, caballero, entre los escogidos?—Poco á poco, Angel: yo soy el señor tal; soy de familia muy antigua; he hecho un brillante papel en el mundo; he tenido grandes empleos y riquezas.—Por lo mismo, pues, que abusaste de ellas para ofender á Dios, *á la izquierda*. ¿Y tú, niña, qué haces en-

tre las vírgenes?—¡Ah, chiton, Angel; por Dios no me sonrojes aquí en público!—Indigna; has podido disimular tus picardías al padre, á la madre, al confesor; pero yo sé cuanto has hecho, *á la izquierda* con las ramerás. ¡Oh separacion, oh amarga separacion!

Apenas hecha, ábrense los cielos de par en par, y comienza á salir un hermosísimo ejército de espíritus celestiales. Al frente va el glorioso estandarte de la cruz; ó aquella misma en que murió Jesucristo nuestro bien, como afirman algunos Santos, ú otra formada milagrosamente, como juzgan otros. ¡Oh qué sensaciones tan contrarias produce su vista en los de la derecha y en los de la izquierda! Aquellos, puestos de rodillas, levantan sus manos; y saludándola alegres la dicen: *Salve, crux sancta*: salve, cruz preciosa, gloria del universo, alegría de nuestros corazones: estos confusos y avergonzados bajan la vista, y no se atreven á levantar los párpados para mirarla. La lleva el arcángel san Miguel, á quien la Iglesia llama abanderado de la milicia angélica, *signifer sanctus Michael*, siguiéndole otros Angeles que llevan los demás trofeos de la pasión. Por corona de esta lucidísima procesion viene Jesucristo acompañado de su santísima Madre y de cuantos espíritus bienaventurados hay en el cielo. Mortales, bajad los ojos, todo el mundo doble rodillas, humíllese toda grandeza ante el Juez de vivos y de muertos.

Mientras todos los corazones palpitan de temor, el gran Juez toma asiento en un trono majestuoso preparado de antemano por ministerio angélico; y haciendo una seña á uno de sus mas allegados cortesanos, le manda traer aquel gran libro en que están escritos los pecados de todo el mundo. *Liber scriptus proferetur, in quo totum continetur, unde mundus judicetur*: aquel libro, mujeres, en que están escritos todos

vuestros galanteos, enamoramientos y coqueterías: aquel libro, jóvenes, en que están escritos todos vuestros reniegos, impurezas y escándalos: aquel libro, viejos, en que están escritas todas vuestras confesiones fingidas, todas vuestras comuniones sacrílegas, todas vuestras vidas pasadas en mal hacer: aquel libro, niños, en que están escritas vuestras inobediencias, vuestras reyertas, vuestras travesuras. ¡Oh Dios, qué confusión cuando se comience á publicar tantos pecados que hasta entonces habian estado ocultos! ¡qué vergüenza! Verse señalado con el dedo, y oír que se dice por todos lados: mira aquel hombre que parecia un santo, ¿quién hubiera dicho que fuese un ladrón? aquella mujer que parecia tan honrada, ¿quién hubiera creído que fuese una adúltera? aquel jóven tan compuesto, quién hubiera pensado que en secreto cometiese tantas abominaciones? aquella doncella tan modesta en la apariencia, ¿quién hubiera soñado que fuese una impura? ¡Oh Dios, qué insufrible pena será esta!

Pensadlo un poco, hijos míos, particularmente los que callais vuestros pecados en la confesión. Si el confesarlos ahora á un hombre os causa tanta pena, que no podeis resignaros á sufrirla, ¿qué será cuando se publiquen á la faz de todo el mundo? ¿Qué será, mujer, cuando se publiquen tus infidelidades secretas, y las vea aquel mismo marido á quien haces tan fingidas caricias? ¿qué será, doncellita, cuando se manifiesten tus impurezas ocultas, y las vea aquel mismo confesor á quien sacrílegamente las callas? ¿qué será?...

Hecha esta pública manifestación, que se hará en pocos instantes, se volverá Jesucristo á los justos, y con palabras que inundarán de júbilo sus corazones, venid, les dirá, venid, benditos de mi Padre, caros amigos, hijos de mis sudores y de mi sangre, venid á poseer mi reino: *venite, possidete*

regnum. Apenas pronunciadas estas palabras, prorumpirán en gritos de alegría los justos; y batiendo las manos, y elevándose por los aires, al cielo, gritarán, al cielo, al paraíso. Aquella pobre mujer, que nadie se dignaba mirar en el mundo, ¡oh qué contenta vuela gritando: al cielo, al cielo, al paraíso! Aquel jóven un día tenido por salvaje, porque no era libertino, ¡oh qué lleno de júbilo sube cantando: al cielo, al cielo, al paraíso! Al cielo, al cielo aquel sacerdote un día perseguido del mundo, porque con la voz y el ejemplo combatía sus máximas. Al cielo, al cielo aquellas religiosas afligidas, aquellas vírgenes puras, que los politicones del siglo llamaron gente inútil, gente ociosa y de solo peso á la sociedad.

Necios filósofos, mundo perverso, ha llegado en fin para vosotros la hora. Jesucristo se vuelve á los de la izquierda; y con una voz mas aterradora que el trueno, andad, les dice, andad, malditos, al fuego eterno; al fuego, malvados, al fuego con Lucifer y sus ángeles: *Ite maledicti in ignem eternum*. Apenas pronunciadas estas palabras, se parte en dos mitades el valle de Josafat, ábrese una profunda cavidad que llega hasta el infierno, y por ella caen en aquellas lóbregas mazmorras todos los pecadores, turcos, herejes, cismáticos, filósofos, libertinos, blasfemos, deshonestos, ladrones, y volviendo luego á cerrarse la tierra, Dios arroja la llave en la eternidad, en señal de que no se abrirá mas.

Ahí teneis en compendio la historia del gran día del juicio con sus principales circunstancias. ¿La creéis? Disimulad, hijos, esta pregunta, que no viene fuera del caso; pues no faltan cristianos, que iniciados en las doctrinas de la impiedad, disputan sobre este punto, y aun ponen en ridículo este dogma capital de nuestra fe. Decidme, pues, francamente: ¿creéis vosotros el juicio? Sí, me respondeis, lo creemos; por-

que el Símbolo nos lo dice tan claro, que no puede quedar-
nos la menor duda. — ¿ Con qué vosotros creéis el juicio y to-
davía pecáis ?

Esto es lo que me admira, lo que me pasma, lo que ape-
nas puedo creer á pesar que lo estoy viendo. ¿ Es posible que
creáis este juicio, y al mismo tiempo reine la impureza en
vuestros cuerpos, la blasfemia en vuestros labios, la injusti-
cia en vuestras manos, la iniquidad en vuestro corazon? ¿ es
posible? Una de dos, hijos mios, ó estais locos ó no pensais
en este juicio; aquí no hay medio, porque ningun hombre
cuerdo puede pensar en él y pecar al mismo tiempo. Si creéis
el juicio, ¿ cómo estais dispuestos para presentaros en él?...
¿ cómo os vais disponiendo?... ¡ Ay de mí! Todos os prome-
teis que en el último no os irá mal, y cási ninguno se aplica
á vivir bien. ¿ No es esto una locura? Si no lo es, no sé qué
lo será.

Tomad, hijos, el medio que os enseña san Pablo para qui-
tar al juicio de Dios todo lo que puede tener de terrible para
vosotros. El medio es llamar ahora á exámen toda nuestra
vida, hacer una sincera y humilde confesion de nuestras cul-
pas á los piés de un sacerdote, vivir en adelante con cautela
y vigilancia para no repetir las, y procurar expiarlas con mor-
tificaciones y penitencias voluntarias. Si así lo hiciéremos,
nos dice el Apóstol; si ahora nos juzgáremos á nosotros mis-
mos, no habrá Dios de juzgarnos en el último día : *Si nos-
metipsos dijudicavimus, non utique judicavimus à Domino.*
Amen.

PLÁTICA XX.

EL ESPÍRITU SANTO. — EL ALMA EN EL ESTADO DE GRACIA.

Charitas Dei diffusa est in cordi-
bus nostris per Spiritum Sanctum,
qui datus est nobis. (Rom. v, 5).

En el primer artículo del Símbolo os hablé, hijos mios, de
la Persona del Padre y de las obras de la creacion; en los seis
siguientes traté de la Persona del Hijo y de las obras de nues-
tra redencion; en este octavo me toca discurrir sobre la Per-
sona del Espíritu Santo y las obras de nuestra santificacion.
Entramos en una materia oscura, misteriosa, y muy supe-
rior á nuestro entendimiento: pero yo la trataré con toda la
claridad posible, limitándome á las doctrinas mas esenciales
y precisas.

Todos los dias teneis en los labios la Persona del Espíritu
Santo: la teneis cuando al santiguaros decís : *En nombre del
Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*: la teneis todas las
veces que rezando el santísimo Rosario concluís sus decenas
diciendo : *Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu
Santo*. Pero ¿entendeis vosotros lo que es este Espíritu Santo
que á cada momento nombrais? Soy de parecer que si yo os
preguntáse á cada uno en particular ¿qué es el Espíritu San-
to? pocos sabríaís qué contestarme.

El Espíritu Santo, pues, es la tercera Persona de la san-
tísima Trinidad, realmente distinta del Padre y del Hijo de
quienes procede: igual en todo al Padre y al Hijo que la es-